

LOS ESCRITORES SIN PODER

TRES mil escritores norteamericanos se han juntado en Nueva York para celebrar su primer Congreso en más de cuarenta años. Durante cuatro días, trabajaron para recuperar el tiempo perdido.

Para nosotros, que nos afanamos en reunirnos apenas se presenta una ocasión, tal lapso de casi medio siglo, se nos antoja, por decir lo menos, un tanto exagerado.

Explicaciones socio-antropológicas o históricas de que así haya sido, no faltan. «Hemos tenido malas experiencias», dijo el destacado dramaturgo Arthur Miller, en una de las sesiones, intentando explicar su escepticismo pasado, «y no las queríamos repetir». Los escritores no tienen por qué escaparse de ciertas obsesiones y atomizaciones nacionales, y los norteamericanos progresistas tienden a desconfiar de todo lo que pudiera oler a organización, de todo lo que pudiera limitar el ejercicio minucioso de las libertades individuales. En el caso de los practicantes de la palabra escrita, tal aprensión se ve incrementada por un deseo de defender la capacidad creativa personal frente a todo propósito de regimentación, rechazando la imposición de criterios desde arriba o desde lejos.

Tal inquietud es paradójica, porque no ha logrado impedir que la sociedad estadounidense esté controlada precisamente por aquellas fuerzas que sí están organizadas. Lo están, las corporaciones que manejan la Prensa, la televisión, el cine. Lo están, los conglomerados de la industria del libro. Los agentes secretos de la FBI y la CIA, ni qué hablar. Y cada día más, aumentan las huestes proselitistas de la derecha más regresiva, los fanáticos religiosos que quemarían los libros y, si pudieran, a los autores también.

Esta tendencia a la concentración del poder ha sido una constante de la historia norteamericana. Igualmente constante ha sido la lucha por la extensión de la democracia. Pero la victoria de Reagan ha despertado a los escritores a la certidumbre de que esas fuerzas, económicas, informativas, policíacas, ético-políticas, han crecido hasta el punto de que amenazan, junto con el país y la paz mundial, a quienes usan los libros para comunicarse, para investigar la verdad y los sueños. Los signos inquietantes han

ARIEL DORFMAN

ido agravándose con los años: la estandarización del gusto cultural, el desmejoramiento del nivel de calidad de los lectores, las presiones del mercado contra la literatura seria o de denuncia, las tentativas de censura en las bibliotecas y las realidades indesmentibles de autocensura en los medios masivos y las casas editoriales. Sólo ahora, con un gobierno hostil y beligerante en la Casa Blanca, sienten que puede estar aproximándose aquel punto de no retorno, aquella encrucijada donde, para solucionar drásticamente la crisis económica y militar de los EE. UU., sea imprescindible comenzar a restringir las libertades democráticas que han permitido criticar el sistema imperante y llegar, por lo menos en teoría, hasta la opinión pública. Para defenderse de la monopolización comunicativa creciente y de la vigilancia estatal, hay que tener libertad de expresión.

«Estamos hoy ante un accidente de tráfico», dijo Jules Feiffer, el célebre dibujante y dramaturgo en uno de sus paneles «y el accidente se llama Estados Unidos».

Para determinar qué debían hacer ante ese accidente, para averiguar si ellos eran espectadores o víctimas, trescientos escritores norteamericanos (y algunos extranjeros como Jerzy



«Hemos recibido los portaaviones, el jabón de las estrellas y, por suerte, también a Walt Whitman.»

Kosinski y Oriana Fallaci) invitaron a sus colegas al encuentro de Nueva York. Como la Prensa tiende a fijarse exclusivamente en las «superestrellas» —precisamente uno de los problemas del escritor en EE. UU. y en cualquier otro lugar del mundo es la disposición a convertirlo en una personalidad cuyas excentricidades son más importantes que su talento—, vale la pena mencionar fugazmente algunos de los miembros más conspicuos y célebres. Entre los convocantes estaban autores que presentan, entre nosotros, cierta notoriedad: James Baldwin, Norman Mailer, Bernard Malamud, William Styron, Erica Jong, Noam Chomsky, Allan Ginsberg, Kurt Vonnegut, o los más ancianos, John Hersey y Robert Penn Warren. También firmaron la invitación autores que no están traducidos —o apenas— al castellano, pero cuyo apellido es familiar para cualquier lector norteamericano medianamente informado, porque han vendido millones de copias de *best-sellers* que —cosa rara— también son obras de arte: John Irving, E. L. Doctorow, Gloria Steinem, Studs Terkel, Joyce Carol Oates, Toni Morrison. Si agregamos a esta breve muestra, guionistas como Norman Lear (creador de *MASH*) o Leslie y David Newman (*Supermán I y II*, *Bony and Clyde*); o poetas de la estatura de Denise Levertov y Robert Bly, disponemos de una lista extraordinariamente representativa. Estos nombres, y decenas y decenas de otros, son inmediatamente reconocibles en las bibliotecas, las escuelas, las revistas, los hogares, norteamericanos y comprometen, cuando hablan con voz unánime, a millones de lectores, las personas de mayor nivel educacional en los Estados Unidos.

Si insisto tanto en la relevancia de los que se congregaron, es porque destaca la trascendencia que adquiere, por lo tanto, la adopción de dos de las resoluciones del encuentro una sobre El Salvador y la otra sobre América Latina. La Prensa latinoamericana tratará, se me ocurre, de minimizar o ignorar el evento, restándole validez, así que digámoslo con todas sus letras: en Nueva York se reunió la conciencia de los Estados Unidos.

Esa conciencia, una vez más, como en Vietnam en este siglo, como en la guerra contra México el siglo pasado, se permitió disentir de la política oficial de su gobierno. Para los portado-



Los escritores —la conciencia de Estados Unidos— disiente de la política oficial de su gobierno, como en Vietnam, como en México en el siglo pasado, o como en Chile. *Enfotografía*, la fotografía, la toma de la Casa de la Moneda.

res de esa conciencia, las acciones que se realizan en el exterior en su nombre nos los representan, e intuyen que para detener esas agresiones es fundamental contar con algún grado de poder difusor e informativo. En relación a El Salvador pidieron el cese de toda ayuda económica y militar al actual Gobierno, la liberación de los periodistas y escritores presos, y llamaron la atención sobre la forma en que la Prensa norteamericana ha borrado de las noticias las últimas proposiciones de paz del FDR, de Panamá y, recientemente, de Nicaragua. Pero los escritores norteamericanos fueron más lejos. No se limitaron a denunciar situaciones bárbaras o intolerables. Se convirtieron en los primeros en responder públicamente a la Carta Abierta a la comunidad intelectual norteamericana del Comité Permanente de los Intelectuales por la Soberanía de Nuestra América (formado por... pongan los nombres si piensan que sus lectores no los conocen y no es repetitivo de lo ya difundido). Después de denunciar las atrocidades que cometen los aliados y amigos de los Estados Unidos en el continente, empeñaron su palabra de que se opondrían activamente a esa política y que harían esfuerzos para juntarse con los escritores latinoamericanos para iniciar un nuevo tipo de diálogo «en cualquier momento y en cualquier lugar».

Esta necesidad de conversar no es, como dice la resolución, algo arbitrario. Como ha sugerido Gabriel García Márquez, estamos mancomunados por una misma historia, y el diálogo se vuelve, en esas circunstancias, no sólo imperativo, sino que además posible.

Tenemos una experiencia común que explorar y exorcizar. Hemos sido el laboratorio para la potencia del Norte. Pero existimos también adentro y detrás de sus propias fronteras. Lo que la clase dominante norteamericana le hizo a lo que por acá se denomina las minorías (indios, negros, latinos, mujeres, homosexuales), nos ha hecho también a nosotros ayer y hoy. Lo que nos hacen a nosotros hoy, puede bien ser una anticipación de lo que le espera a esas minorías —y a las mayorías de Estados Unidos mañana.

Los escritores norteamericanos, así como los agregados militares, han estado presentes a lo largo de nuestra historia. Ellos han participado en nuestro devenir y, simultáneamente, nosotros participamos en el suyo. Hemos recibido a Faulkner y al Pájaro Loco, los portaviones y el jabón de las estrellas y también, por suerte, a Walt Whitman. La manera en que nosotros ajustemos cuentas con los Estados Unidos que subyace en nuestras cabezas y calles y aire, va a ser fundamental para el futuro.

Pero igualmente trascendental será la forma en que los norteamericanos se enfrentan con las zonas marginales y oscuras de su pasado y de su ser, el Tercer Mundo que tienen adentro como un desafío.

Esta búsqueda, que vaya más allá de la caricatura por parte nuestra y más allá de la mera misericordia de parte de ellos, siempre fue una necesidad, pero hoy se vuelve más urgente y viable que ayer, debido a que el gobierno de Reagan está aplicando hoy a su propio pueblo las teorías, fórmulas y desventuras que hasta este momento se había reservado para los países más miserables de su zona de influencia. Los consejeros y seudofilósofos monetaristas que ejercen hoy el poder en Washington, disminuyendo toda libertad excepto la libertad irrestricta de la máxima ganancia, son los mismos que visitan Chile, Argentina, Uruguay, Perú, prodigando métodos y recetando curas milagrosas. Las razones por las cuales se reúnen los escritores norteamericanos son, justamente, su temor de que tales soluciones acrecienten el autoritarismo de su propia sociedad.

De modo que es probable que ellos comiencen, de a poco, a enfrentar situaciones internas que nosotros, en América Latina, hemos venido sufriendo, con algunas diferencias, desde tiempos perennes. Los latinoamericanos tenemos experiencias en el

LOS ESCRITORES SIN PODER

dolor y experiencia en la organización de la esperanza. Los norteamericanos progresistas y liberales pueden aprender de esas experiencias y, a su vez, enseñarnos los modos en que han enfrentado la industrialización y banalización de la cultura, la conservación de su tradición popular, la integración y tolerancia de las minorías.

Pero el diálogo es impostergable por otra razón. Porque la política exterior norteamericana no es un capricho. Es funcional al sistema económico, y fluye de la manera cotidiana en que los norteamericanos viven su día a día. Para cambiar la política exterior, hay que transfigurar el clima interior, alterar profundamente los canales y hábitos de consumo, modificar con una revolución moral algunos de los presupuestos básicos incuestionados del pretérito y el futuro de los Estados Unidos. Para reestructurar la economía mundial, se necesita que los habitantes de los países ricos sepan que los entes que transcurren y se arrastran en las comarcas miserables de este globo no son una desilusión en una pantalla, una irrealdad en una reliquia, que no estamos fuera de la memoria de la humanidad.

Los escritores que por definición deben nombrar aquello que incomoda y fractura los esquemas mentales, que por definición deberían ser capaces de convencer y emocionar a los que cierran los ojos y los oídos y las manos a los sufrimientos ajenos, los escritores norteamericanos tienen sin duda la capacidad y ojalá la voluntad, para establecer puentes privilegiados de comunicación con América Latina en tiempos tan difíciles. Tal diálogo, sin embargo, no será fácil.

Ellos están cargados con sus propios dilemas y dificultades que, frecuentemente, a nosotros nos pueden parecer como provenientes de un planeta de otra constelación. A ellos les secuestran, después de todo, libros. A nosotros nos secuestran cuerpos.

«Los escritores», dijo el filósofo Mark Raskin en una de las sesiones del Congreso, «son los más poderosos de los innumerables ciudadanos que nada de poder tienen en esta sociedad».

Con esta frase sucinta, Raskin planteó el dilema básico, insoslayable, que recorrería cada sesión del encuentro: los practicantes de la palabra se sienten responsables y solidarios con aquellos que no disponen de esa palabra, aquellos que no tienen voz; y a la vez, se parecen a esos seres inde-

ferentes en cuanto no controlan la industria de la cual viven ni los circuitos de distribución de su esfuerzo.

Tal situación ambigua no es una novedad. Sí lo es, en cambio, su gradual transformación en crisis en los últimos años. El poder que hace funcionar la formidable maquinaria intelectual y académica del país y su opinión pública, que nutre los medios de comunicación y la industria del pensamiento y de la entretención con una incesante dosis de ideas, humor e imágenes, se encuentra hoy, se siente hoy, seriamente amenazado.

Este peligro se cierne sobre todo el espectro de la actividad del escritor: desde su libertad para expresarse hasta el presupuesto disminuido para las bibliotecas públicas, desde la ley del peor gusto y del mejor mercado que machacan los conglomerados multi-industriales hasta la eliminación de libros inconformistas y rebeldes de los catálogos a medida de que se agotan.

Ante todo, por cierto, están preocupados por las nuevas formas que toma la censura. Philip Agee, el ex-

agente de la CIA que se ha dedicado con minucia a revelar las intervenciones de los servicios secretos norteamericanos en la vida de otros países así como en la de sus propios ciudadanos, no pudo hacer una aparición física. Se le había cancelado el pasaporte lo que se teme que sea el primer caso entre muchos. Pero, ITT mediante, Agee testificó por teléfono desde Alemania Federal. Sus colegas, Snep y Marchetti estuvieron presentes para denunciar que se los trata de amordazar precisamente en un momento en que se preparan renovadas aventuras exteriores. Para asegurar que ninguna crítica se lleve a cabo, que ninguna fisura (que las hay, y muchas) desnude el engranaje oculto de las decisiones, se hace imprescindible operar simultáneamente contra las gargantas y las máquinas de escribir nacionales. El derecho a la crítica que han ganado los norteamericanos después del desastre de Vietnam y Watergate es perfectamente reversible. El gobierno de Reagan abre las puertas para que la FBI y la CIA vuelvan a espiar a sus propios ciudadanos e infiltrarse en sus orga-



Uno de los pocos representantes de los escritores extranjeros en el I Congreso de Nueva York fue la periodista Oriana Fallaci.



Arthur Miller explicó su escepticismo pasado por las malas experiencias sufridas en otros congresos de escritores norteamericanos

nizaciones; se restringe el acceso del interesado a la información oficial y documental a que tiene derecho por ley (*Freedom of Information Act*); se echa a andar nuevamente un comité de investigación del Senado como en los tiempos de McCarthy.

Están también los juicios por difamación. Como explicó Peter Weiss, a quien conozco personalmente porque fue nuestro abogado hace años atrás cuando la aduana norteamericana prohibió el ingreso a EE. UU. de *Para Leer Al Pato Donald* en inglés, hoy resulta cada vez más frecuente que un escritor se calle antes de arriesgarse a incomodar a los poderosos, porque éstos tienen los medios para entablar un juicio que, aunque se gane, significa centenares de miles de dólares en gastos de representación legal. Donald Freed, por ejemplo, en *Death in Washington*, acusa a Bush, Kissinger, el general Vernon Walters, de tener conocimiento previo del intento de asesinato de Orlando Letelier, y relaciona a Deane Hinton, el actual embajador en El Salvador, con el derrocamiento de Allende. El resultado: un grupo de ex oficiales de la CIA lo están demandando por daños (90 millones de dólares) en los tribunales. Con razón, un amigo escritor me dijo que antes tenía el número de teléfono de su agente literario encabezando su lista. Ahora, tiene el de su abogado.

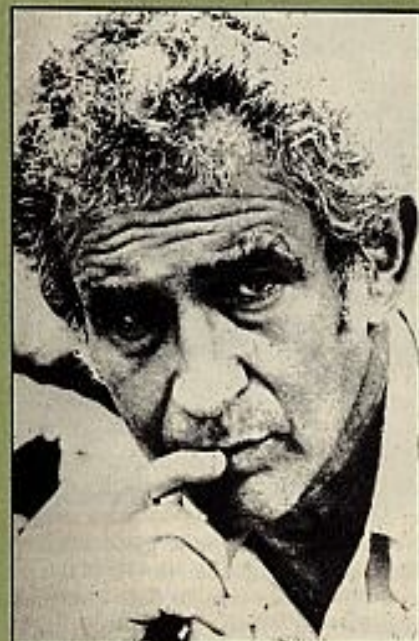
A esto se agrega, campañas contra los libros en las escuelas y en las bibliotecas, de parte de activistas de la pureza ética tradicional de los Estados Unidos; por motivos políticos o anti-sexuales se han retirado de la circulación miles de libros (muestras: Orwell, 1984; Steinbeck, *Las uvas de la ira*; Shakespeare, *El mercader de Venecia*; Mario Puzo, *El Padrino*). Rudolfo Anaya, quizás el más talentoso narrador chicano, relató cómo las autoridades escolares de pequeños pueblos en New México y New Jersey habían quemado su libro *Bless me, Ultima*.

Tales prácticas, entonces, no extrañarían a un observador latinoamericano que se ha tenido que acostumbrar a medidas bastante más drásticas contra el pluralismo intelectual. El caso de Jerry Zilgo, sin embargo, logró sorprenderme. Este autor publicó *Du Pont: Behind the Nylon Curtain*, adonde penetra, como anuncia su título, detrás de la cortina de nailon que ha edificado la corporación Du Pont. Esta firma se ha apoderado del Estado de Delaware a la manera de un verdadero cacique, alterando leyes y designando autoridades a su antojo. Como todo era cierto, y la corporación no pudo objetar una palabra del ensayo, recurrió a otro procedimiento: presionó a la casa editora, Prentice-Hall, para que no promoviera

el libro, para que no se supiera que había aparecido. No se gastó un centavo en propaganda, no se planificó una edición de bolsillo para consumo masivo. Lo raro y ejemplar fue la reacción de Zilgo: en vez de tragarse su rabia, entabló juicio contra Du Pont y su propio editor.

Este caso sin precedentes apunta hacia problemas que tocan más de cerca a la mayoría de los escritores. Afortunadamente, la censura directa se aplica poco y con selectividad, aunque va en aumento. En cambio, todos sufren la censura indirecta que nace desde la estructura misma de la industria del libro. Los grandes conglomerados se han ido apropiando de todo el proceso productivo: desde la impresión, la casa editora misma, las campañas de difusión, hasta la instalación de centrales de venta de libros a precios rebajados. Esta monopolización influye, por supuesto, en el tipo de obras que se publican. El texto se suprime antes de publicarse. A veces, se suprime simplemente antes de que se escriba, en vista de que el autor sabe de antemano que tal producto no encontrará una salida. Con esto, el libro ya no es un refugio para la imaginación y el pensamiento. Forma parte de la fabricación de risas, entretenimiento, suspense barato, es un medio masivo. Ante todo, importa su popularidad, su ganancia rápida. Los

libros más vendidos del mes prueban esta uniformización del gusto: 3 sobre dieta, 2 sobre ejercicio, 2 sobre sexo, 2 sobre gatos (vivos y muertos), y guía astrológica de Miss Piggy, y unas cuantas novelas en que el protagonista es invariablemente un monstruo. Es un círculo vicioso: sólo se promueven aquellos libros que pueden convertirse en best-sellers. No es extraño que el 90 por ciento de los escritores



Norman Mailer fue uno de los que convocaron el Congreso.

en Estados Unidos gane menos de cinco mil dólares al año por su trabajo intelectual.

Este proceso se llama, significativamente «homogeneización». Se iguala la cultura a la leche. Como si hubiera que pasteurizarla antes de servírsela inmaculada al cliente, libre de bichitos demoníacos y contagiosos. Tal encrucijada se ve reforzada por las nuevas técnicas de distribución. Cadenas nacionales que venden libros a un costo menor no se preocupan por una mercadería al menos que tenga un reingreso de caja inmediato. De a poco, estos supermercados van estrangulando las viejas librerías, el único lugar donde se puede encontrar obras que no acatan las modas, sacadas por casas editoras más pequeñas o alternativas.

Simultáneamente, la austeridad del plan económico de Reagan también alcanza a las artes y, más que a ninguna otra, a la literatura. Como se explicó en el Congreso el apoyo nunca fue incommensurable. Pero

ayudaba a las revistas no comerciales a mantenerse en pie. Miles de escritores habían recibido becas para dedicarse a sus poemas y cuentos durante un año. No hay señales de que las empresas privadas, pese a las promesas del gobierno, corran al rescate. Si lo hacen, nadie garantiza su juicio objetivo... Por lo menos, el Gobierno está sujeto a los criterios de quienes lo eligen. Teóricamente.

Pero los escritores no están inquietos tan sólo porque los puentes con sus lectores potenciales están controlados por seres ajenos a la interrelación. Todo lo que afecta al país afecta la literatura. Hay tendencias generales que anticipan dificultades en los años por venir. El nivel educacional, por ejemplo, que parece estar bajando en vez de subir, probablemente por influencia de una excesiva dosis de medios masivos de comunicación idiotizadores. O el hecho de que los dilemas y aspiraciones de las minorías, después de haber constituido en las últimas décadas una preocupación nacional (y por ende comercial), hoy está pasando de moda. Y lo mismo pasa con obras que hablan de regiones del país alejados de centros como Nueva York o Los Angeles. Por otra parte, la revolución electrónica está

estableciendo métodos totalmente novedosos de intercomunicación (como Videotex) que cambia por entero la relación del escritor con su público, y también con su propia obra. Un amigo me aconsejó que en cualquier contrato futuro de un libro deberíamos agregar una cláusula dándonos derechos de autor para la difusión de la obra por medio de «cualquier técnica nueva que todavía no se ha inventado».

Cada una de estas situaciones a que me he referido y tantas más, dieron lugar a talleres y paneles de todo tipo, muchos de ellos paralelos y simultáneos. No faltaron, por cierto, discusiones sobre el lenguaje como ideología, la pornografía y sus límites, el compromiso social y la poesía, la actitud hacia la historia el militarismo y la energía nuclear. Si uno asistía a tales debates, a menudo podía guardar la impresión de que estábamos de vuelta en los años treinta, cuando los Congresos de Escritores Norteamericanos habían sido más que nada sitios de debate ideológico, de intercambio de posiciones y elaboraciones intelectuales frente al fascismo y la Depresión. Por lo demás, así siempre han sido los encuentros nuestros en América Latina: se le da más trascendencia a las

RESOLUCION DEL CONGRESO DE ESCRITORES NORTEAMERICANOS ACERCA DE AMERICA LATINA

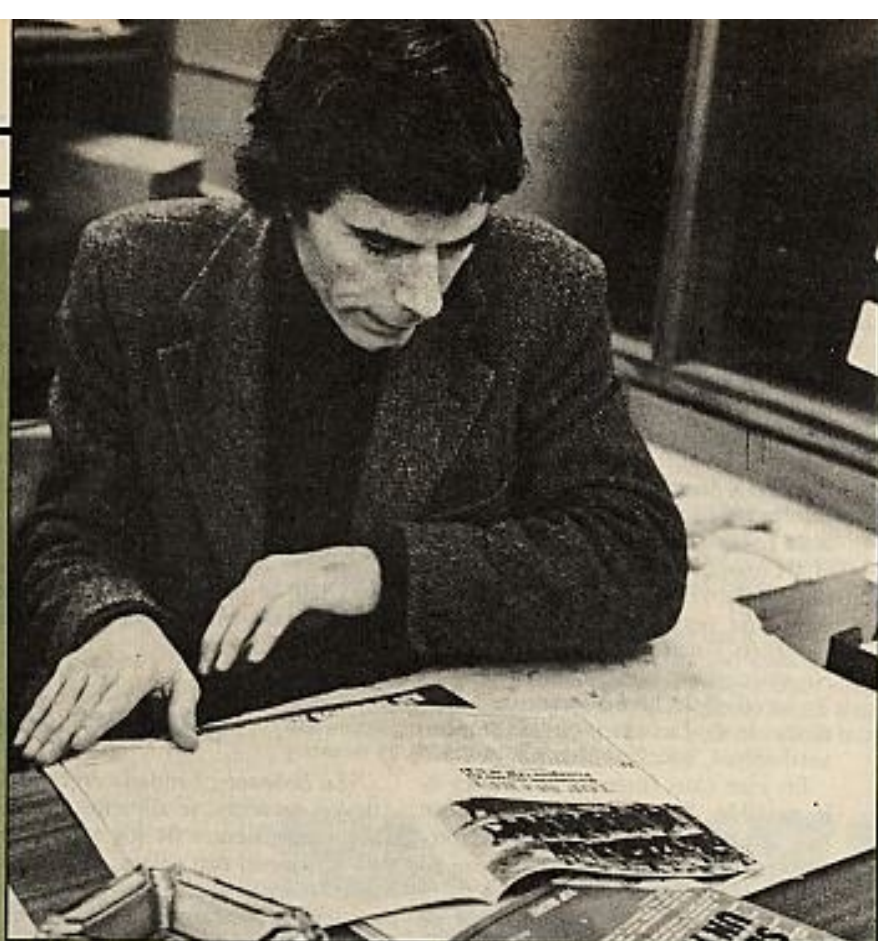
Nunca antes en la historia se han sentido los latinoamericanos tan amenazados como hoy por la política exterior estadounidense. Su temor no carece de fundamento. Con una lógica contorsionada que distingue entre torturadores «autoritarios» y «totalitarios», el gobierno de los Estados Unidos ha renovado su apoyo a dictaduras represivas en Guatemala, El Salvador, Uruguay, Argentina, Chile y otros países y está socavando los derechos democráticos en el resto de América Latina. Considerando a Latinoamérica exclusivamente como un tablero de ajedrez para la manipulación de los grandes poderes, los Estados Unidos justifican su ayuda a las dictaduras como parte de una «gran estrategia» que detenga la «expansión soviética».

Como norteamericanos, deploramos y nos oponemos activamente al intento de nuestro gobierno de sacrificar las vidas y las libertades de Latinoamérica en aras de la «seguridad nacional». Como escritores norteamericanos nos parece un escándalo que nuestro gobierno sancione la represión de la cultura y de la vida en nuestro nombre, y nos disculpiamos de esas acciones.

Es desmesurado e inconcebible proclamar los derechos de los escritores en los Estados Unidos, y luchar por esos derechos, si se ignora el apoyo estadounidense hacia gobiernos que han asesinado, torturado y encarcelado a innumerables escritores, cuyos únicos crímenes eran la inquietud social y su compromiso con la verdad.

El Congreso de Escritores Norteamericanos empuja su palabra de que se opondrá activamente al apoyo estadounidense a los gobiernos latinoamericanos que suprimen a los escritores. Más aún, el Congreso de Escritores Norteamericanos resuelve establecer lazos profundos con los escritores latinoamericanos y con sus organizaciones con el objetivo de unir a los escritores, y a los pueblos del norte, del centro y del sur de América y del Caribe para oponerse al sometimiento cultural, político y económico que caracteriza en demasía a nuestro hemisferio y que turbe en demasía nuestro diálogo. La importancia de la unidad con escritores latinoamericanos no es arbitraria, sino que fluye de una historia y geografía comunes que debemos asumir.

La Carta abierta a los Intelectuales de los Estados Unidos emitida por el Comité Permanente de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, firmada por centenares de autores latinoamericanos, y que pide una «acción conjunta que... preserve la paz, la cultura, los derechos humanos y la soberanía nacional» prueba que no estamos equivocados y es una iniciativa ejemplar que acogemos con agrado. El Congreso de Escritores Norteamericanos respalda de todo corazón los sentimientos de esa carta abierta y pide a su Comité de Continuación de los Acuerdos del Congreso que trabaje para que haya una activa cooperación con el Comité Permanente de Intelectuales y con otros escritores latinoamericanos y organizaciones de escritores tan rápida y efectivamente como sea posible. Dada la urgencia de este problema para los latinoamericanos, estamos preparados para encontrar a nuestros escritores hermanos en cualquier momento y en cualquier lugar.



RAMÓN RODRÍGUEZ

Philippe Agee, ex agente de la CIA que ha revelado las actuaciones de los servicios secretos norteamericanos fuera y dentro de Estados Unidos, no pudo asistir físicamente al Congreso, por habersele denegado el permiso de entrada.

ideas que a sus consecuencias pragmáticas, más importancia a las declaraciones que a las experiencias comunes y cómo resolverlas.

Era fascinante ver cómo en el Congreso de Nueva York la política no se debatía en abstracto sino que en concreto. Qué hacer. Cómo reaccionar. Cuáles son nuestros puntos fuertes. Se propusieron soluciones. Quienes habían publicado por su cuenta crearon una red de distribución. Se sugirió que cada escritor podía entablar juicio contra los conglomerados en virtud de la ley anti-monopolios. Se discutieron incisos que debían incluirse en los contratos de libros para que el editor asumiera los gastos de representación ante los tribunales y tuviera que garantizar de antemano cierta promoción. Se habló de establecer cadenas de librerías alternativas que manejaran los mismos autores. Se pidió a los literatos que fueran a las escuelas para leerles a los jóvenes. Se examinó el sistema escandinavo en que el Estado se hace cargo de pagar una suma por cada libro que prestan las bibliotecas.

Pero fundamentalmente, una y otra vez, se habló de formar un sindicato como medida básica. Tal iniciativa será difícil de implantar. Para empezar, es posible que esa organización sea ilegal, puesto que los escritores no son empleados sino que contratantes

independientes. Por otra parte, hay escaso poder de huelga contra la casa editora y los productos son demasiado diversos como para negociarse colectivamente. Ni qué hablar de la desconfianza enfermiza que poseen los ejercitantes de la profesión más solitaria del planeta en contra de todo intento por hacerles perder su libertad creativa personal.

Las respuestas, no obstante, fueron contundentes. Dijo Toni Morrison, una extraordinaria novelista negra desconocida en nuestras tierras: «Debemos ser soberanos. Hay que organizarse colectivamente para defender, justamente, esa soledad individual, para que no nos sigan manipulando.» Otros mencionan beneficios inmediatos: abogados especializados, contratos mínimos y equitativos, creación de procedimientos de control sobre el material que ha sido entregado a la revista o al editor. Y urgencias de otra naturaleza; pensiones, seguros médicos, condiciones favorables para viajes.

Nada de esto es posible si no se dispone de algún grado de poder, alguna forma de presión sobre los titanes que controlan la industria. Se sugirieron varias posibilidades, entre ellas, un boicot de lectores en contra de las casas editoras que no dan un trato justo a sus escritores. Pero la amenaza que a mí me pareció más

convinciente era la que se refería a los escritores establecidos, los que más prestigio tienen. No todos ellos estuvieron en Nueva York, aunque muchos actuaron como convocantes. Sólo la solidaridad de esas «estrellas» con sus colegas menos afortunados pero a menudo igualmente talentosos, puede hacer que funcione un sindicato. Sólo una actitud decidida precisamente de aquellos que el sistema mismo ha bañado en la luz pública y que nada tienen que temer, que ya están asegurados de su sustento, puede animar un movimiento que abrigue algunas probabilidades de éxito.

A nosotros, los latinoamericanos, nos debería preocupar especialmente el futuro de estas tentativas. Si los escritores norteamericanos de más renombre no van a dialogar con sus propios colegas, si no los van a sostener en la lucha que se avecina contra la «colonización del espíritu humano» entonces podemos pronosticar que la discusión y el encuentro con los intelectuales de América Latina, si es que llega a realizarse no pasará de ser hueco y formal.

El éxito de tal intercambio depende también de nosotros. Muchos de los problemas que asfixian hoy a los escritores norteamericanos se aproximan, pese a las diferencias de proporción y de magnitud, a los nuestros. Si ellos tienen un intelectual al que se le quita el pasaporte, nosotros exhibimos miles de exiliados. Si a ellos les comienzan a quemar los libros, a nosotros nos asesinan los autores de los libros. Si ellos discuten cómo enfrentar las corporaciones con ciertas medidas legales hay que imaginar cómo lo haremos nosotros desde la distancia y sin amparo judicial de ninguna especie.

Quizás, debido a ello, a pesar de ello, hay un camino conjunto que recorrer. Quizás la alternativa, la cultura de oposición, sea una sola con muchas vertientes.

Después de todo, los coroneles, los banqueros, las multinacionales, han aprendido mucho en América Latina, han hecho de nuestro continente un campo de experimentación. No hay ninguna razón por la cual los escritores norteamericanos, que salen de su aislamiento por primera vez en cuarenta años, no puedan aprender junto a nosotros otro tipo de lección. Deberían cruzarse con nuestra experiencia y, por cierto, con nuestro entusiasmo.

Deberíamos organizar juntos esa difícil, volátil y radiante condición que se llama esperanza. ■ A.D.